

LIBERTAD, SOLEDAD Y SOBREPOTECCIÓN

Prof. Andrés Luetich

16 de junio de 2002

Algunos padres tienen grandes dificultades para dejar a sus hijos, a medida que éstos van creciendo, un espacio de independencia cada vez mayor. Es el caso de los padres y madres "sobrepoteectores" que, buscando cuidar a sus hijos, terminan entorpeciendo su crecimiento interior y, en algunos casos, generando una potencial o actual rebeldía o rechazo.

Si bien no se puede establecer un calendario común para padres en el que se fije de modo universal el grado de independencia que debe otorgársele al hijo según el año de vida que atraviesa —porque no hay dos personas ni dos historias iguales—, no caben dudas de que, mirando el proceso entero de formación, las personas evolucionan desde una total dependencia de los padres (en especial de la madre en un comienzo) hasta la independencia que la Naturaleza y la sociedad le reconocen al mayor de edad. Por lo tanto, no cabe hacer la pregunta de si debemos o no dar más independencia a nuestros hijos, porque esa respuesta ya ha sido dada por la propia Naturaleza. De lo que se trata es de saber cuándo y de qué manera debemos ir permitiendo que esa libertad se vaya ensayando de modo tal que no perjudique su ejercicio futuro.

Vivimos un tiempo difícil para los padres. El permisivismo general puede llevarnos a pensar, por oposición, en la necesidad de que los padres tengamos una mayor injerencia en todo. Pero ello no debe hacernos olvidar que es fundamental ir cediendo espacios a medida que el niño crece, porque se trata de una necesidad surgida de la propia naturaleza del ser humano, que necesita ejercitar su capacidad de deliberación y elección.

La sobreprotección, si bien puede darnos a nosotros cierta seguridad, inevitablemente retarda en nuestro hijo la maduración de su capacidad para elegir libremente y responder por las consecuencias de sus opciones. Para quien mira sólo el corto plazo, garantiza buenos resultados, pero, si miramos a mediano y largo plazo, notaremos que esta práctica paterna posterga en el hijo el desarrollo de una de sus capacidades fundamentales: la de obrar libre y responsablemente.

Hacer las tareas junto a nuestro hijo, controlar periódicamente sus carpetas, puede ser muy bueno en los primeros años de la enseñanza primaria. Desprendernos poco a poco de hábitos de este tipo será con el tiempo necesario si queremos acompañar el crecimiento de nuestro hijo.

La libertad implica soledad interior. Quien decide, lo hace por sí mismo y asume la responsabilidad por su decisión. Si sobreprotegemos a nuestro hijo lo privamos del espacio de intimidad y soledad que necesita para formar su identidad y su personalidad, y, sin quererlo, dificultamos su desarrollo integral.